

Ch. J. BAILEY. *Variation and linguistic theory*, Virginia (Center for Applied Linguistics) 1973, 162 pp.

Los nuevos estudios sociolingüísticos, los análisis del discurso y de la situación, la formulación de patrones implicantes (*implicational patterns*) y modelos dinámicos testimonian una nueva orientación lingüística, que trata de contrapesar cierta tendencia reductora de los modelos teóricos que han fecundado últimamente esta disciplina.

A este respecto, la inclusión de la *variación* no supone una simple adición de elementos dentro de una teoría, ni una mera ampliación de su campo; quiere significar, más bien, la reformulación cualitativa de modelos capaces de justificar teóricamente fenómenos marginados. La propuesta de B. se inscribe en esta dirección. No aspira por ello a convertirse en una teoría diferente (p. 23). Para cumplir su propósito se vale de algunos principios generativistas, criticando previamente las reducciones que ellos comportan. Quedaría por verse si es posible liberar conceptos teóricos fundamentales de sus determinaciones para apoyarlos sobre otras premisas sin que se llegue a invalidar la teoría que los sustenta. Este problema se hace patente desde el momento en que B. asume la oposición chomskiana *competence/performance* (en adelante *competencia* y *actuación*), sin que medie una delimitación precisa, adecuada a las exigencias del nuevo enfoque. Al mismo tiempo el autor llega a objetar ciertos principios estructuralistas como causantes de equívocos posteriores, particularmente la *homogeneidad* que, identificada con el concepto de estructura, llega a la exigencia extrema de máxima uniformidad en el sistema de un solo individuo en un momento determinado. Lo que Bloch llama *idiolecto* no hace sino distanciar de modo insalvable, por una falsa necesidad de abstracción, lo social de lo individual. Desde ahí se ha llegado a inferir que la descripción no puede conocer otro camino que el de la *sincronía*, bloqueando con esto la posibilidad de abarcar explicaciones de los cambios y, en general, de todas las variantes de una lengua. Fruto de estas deficiencias, lo advierte B., es la creación de sub-disciplinas aisladas dentro de la lingüística: lingüística histórica, dialectología, lingüística descriptiva. Chomsky hereda, según B., estos mismos principios si bien desde otra línea de pensamiento (racionalista) y con notables diferencias teórico-metodológicas. Formula una *competencia* que, desgajada de toda variación socio-temporal, aparece como versión generativista de la abstracción idiolectal (p. 8). Con arreglo a estos criterios se hace imposible, dentro del marco transformacionista, una descripción cabal de las

variantes dialectales o del cambio lingüístico, como no sea mediante la inserción y reordenamiento de reglas (sugerencias de Halle, Saporta, entre otros) que contradicen para B. la gramática *monolectal* y no pueden por ello explicar con coherencia la variación (p. 18).

Para la formulación de su marco teórico B. se servirá también del mecanismo empírico que utilizó Chomsky: la confrontación del proceso de construcción de una gramática por el lingüista con el proceso adquisitivo de la lengua en el niño. Pero, a diferencia de Chomsky, su adquisición del lenguaje supone el desarrollo de una competencia *polilectal* (*polylectal competence*), en virtud de la cual el niño internaliza todas las variantes posibles de un sistema, habida cuenta de que está expuesto a datos lingüísticos muy heterogéneos. La asimilación de variedades lingüísticas permitiría al hablante desarrollar un conocimiento óptimo de su lengua, que implicaría el desarrollo de una *comprensión* máxima de todas las variantes posibles, frente a una *producción* selectiva, adecuada a la situación comunicativa. De aquí que estos dos planos (comprensión y producción), que operarían para B. en la competencia, mantengan una relación asimétrica y no simétrica como lo quiere Chomsky. Desde esta perspectiva no parece difícil suponer con B. que el niño utilizaría un método *comparativo* y de *reconstrucción* para decidir entre diversas variantes al momento de producir su propio discurso con eficacia. Pero B. va más allá todavía. Cree factible que estos métodos a los que echa mano el hablante para construir un sistema *polilectal* a partir de datos siempre aislados y parciales- puedan analogarse en cierta medida con los métodos que emplea el filólogo para reconstruir una lengua (a la larga, un proto-tipo de lengua), salvadas las distancias con la investigación histórica, que trabaja básicamente sobre textos escritos. Según el autor, como el hablante es capaz de reflejar un proceso de cambio mediante la fluctuación en el uso de formas coexistentes, no resulta forzado suponer la presencia de un mecanismo para el cambio, localizable dentro de su competencia.

B. llega a formular *modelos dinámicos* para explicar coherentemente la variación lingüística valiéndose de la dimensión temporal, especialmente tratada como función que opera dentro de lo que llamará *espacio social* (*social space*). Esta noción comprende factores como sexo, lugar, edad, posición económica, ocupación, nivel de educación, etc. (p. 13) y parece más amplia y operativa que los conceptos imprecisos de clase social o zona geográfica, que han venido rigiendo ciertas investigaciones socio-lingüísticas o dialectológicas. Los modelos (*implicational patterns*), re-

gulados por principios universales de *naturalidad* (*naturalness*), se encargarían de describir la direccionalidad y la frecuencia de la variación representadas mediante un modelo de ondas (*wave model*). El desplazamiento de la variación supone la extensión de una variante de un espacio social a otro, y aspira a explicar las relaciones sistemáticas entre los fenómenos variables de un modo mucho más *natural* de lo que se conseguiría mediante modelos estáticos. B. pretende sustituir la noción de dialecto por otras más propiamente lingüísticas: la de *lecto* (haces de fenómenos lingüísticos cualesquiera) y la de *isolecto* (variedades de una lengua que se diferencian entre sí por alteraciones mínimas en las reglas gramaticales) (p. 11). Sin embargo, con estas definiciones no parece aventajar en precisión y claridad a la noción suplantada. Además el autor no llega a explicitar la relación formal entre ambos conceptos, ni el nivel teórico en que se sitúan respecto de una noción de lengua que da por consabida. Tampoco consideramos más convincente la noción de *naturalidad* para defender la liberación de los fenómenos variables respecto de la determinación geográfica.

Las relaciones entre las variantes coexistentes aparecen representadas mediante *grados* de marcación (*markedness* and *weighting*) en lugar de la formalización binaria (+ -) que todavía se viene empleando en algunos sectores transformacionistas. Piensa el autor que el recurso adoptado se mostrará compatible con la condición de *naturalidad*. Formalmente se describirá la variación en virtud de cambios mínimos en la marcación de fenómenos y afectará, por consiguiente, a las reglas. En las *escalas implicantes* (*implicational scales*) los fenómenos con marcación superior implican a los inferiores, pero jamás serán implicados por estos. Es dudoso que la posición de los fenómenos en la escala determinada por el valor de la marcación baste para reconstruir a nivel formal la relación entre las variantes. No obstante, faltaría examinar el valor operativo de esta escala dentro del nuevo enfoque antes de aventurar un juicio.

El cambio lingüístico se reconoce como el paso hacia la generalización de un uso en ambientes determinados. Según B. podría representarse como el paso de un fenómeno marcado hacia otro no marcado (de lo específico a lo general). Ahora bien, el cambio se presentaría en la competencia del niño como una suerte de desviación en su ritmo de aprendizaje porque contradice el paso normal de lo marcado a lo no-marcado. Vale decir que el proceso de adquisición lingüística se define para B. en la dirección que va desde los fenómenos generales a los

más específicos. Para que este postulado resulte congruente con su explicación del cambio en la competencia, recurre el autor al establecimiento de una correlación entre *marcación* y *dificultad de adquisición* como dinamismo normal y no perturbador. De este modo se pretende adscribir la direccionalidad del cambio al proceso de aprendizaje lingüístico en el niño (p. 41).

Dejaremos para otro momento la delicada tarea de evaluar los modelos; vamos a limitarnos a ventilar algunos puntos directamente relacionados con la teoría lingüística.

No llega a aclarar B. en qué lugar sitúa la *comprensión/ producción* respecto de la competencia. Nos informa que el referirse a una *comprensión* y a una *producción* mutuamente asimétricas no significa presuponer dos competencias diferentes. Al mismo tiempo, en diversos pasajes (p. 25-26 ...) habla de competencia y producción (*production*) como dos mecanismos que funcionan en niveles distintos. Pero ¿cuáles son estos niveles? ¿Dónde opera la *comprensión*? Para ilustrar aquello había aludido al vocabulario pasivo y activo que posee cualquier hablante de una lengua, y a la producción incipiente de los niños más restringida que su comprensión durante el proceso de crecimiento (p. 24). La incertidumbre se acrecienta cuando se refiere por un lado a una competencia y por otro, a una producción, sin mencionar el lugar de la *actuación (performance)*. Creemos que los conceptos de producción y de comprensión inducen a equívocos. Conviene recordar que incluso cuando Chomsky se refiere a ellos, los asigna directamente al nivel de la actuación, vale decir, como instancias de actualización de la competencia igualmente proclives a los errores de actuación. Dadas estas diferencias resultaría arriesgado suponer que B. llame producción a la *performance* de Chomsky, por más que muchas veces parezcan coincidir. Esta vacilación no hace sino reflejar la indecisa delimitación de planos que conlleva la dicotomía de Chomsky. La *idealización* chomskiana afecta en principio a todo el modelo. Sólo en esta medida se puede imaginar una actuación óptima, fiel reflejo de una competencia ideal. Se trata de una idealidad causal entre miembros interdependientes (Chomsky, 1965 p. 3-4). Según esto, entre ambos existiría una oposición *virtual/ actual* y de ningún modo *ideal/ real*. Desde esta perspectiva, lo objetable en el modelo chomskiano no es justamente la relación simétrica entre comprensión y producción tan rebatida por B. Esta relación guarda perfecta armonía con la competencia ideal. El problema surge más bien cuando

paradójicamente Chomsky empieza a referirse a una actuación *real* como especie de cajón de sastre donde van a converger todos los fenómenos que interfieren en la ejecución óptima de la competencia. Este desajuste interno en el modelo es lo que merece discutirse.

El problema de la *asimetría* de la comprensión/ producción propuesta por B. responde a exigencias que el modelo ideal chomskiano no había encarado. Con esta propuesta el autor parece atender a un doble fin: por un lado, satisfacer las exigencias empíricas y por el otro, llegar a concebir un nivel máximo que pueda suplantar la idealización pura y subsane sus deficiencias. Sin embargo, no llega B. a perfilar con precisión su doble objetivo. Quedan siempre flotando dos interpretaciones: o la asimetría propuesta es real (cierta capacidad normal en la producción, v.g. producción restringida en los niños), o se trata de una capacidad óptima *ideal* que supuestamente permitiría una comunicación siempre eficaz.

Esto nos lleva a considerar que la asimetría propuesta por B. para asegurar la correspondencia con el proceso *real* que ocurre en el individuo, así como su formulación de una *competencia pragmática* que conlleve la situación comunicativa, no pueden adicionarse sin más al modelo ideal chomskiano que responde a otras instancias de teorización. En este sentido habrá que concluir que la *competencia* de B. no es en modo alguno la *competencia* de Chomsky y consecuentemente no existe correspondencia entre los respectivos planos de actualización de ambos modelos.

Por otro lado, ese acercamiento a la *realidad* al que parece aspirar B. se presenta como una falsa finalidad que el mismo autor se ve obligado a transgredir para atender a las necesidades que reclama su objeto. Más de una vez se ponen en evidencia operaciones idealizadoras: cuando trata de incluir el cambio histórico en la competencia; cuando postula la *asimetría óptima* de la comprensión-producción en el hablante; o más claramente, al proponer una competencia de carácter *polilectal*.

Pese a que en diversos pasajes B. se muestra cauteloso al reconocer las diferencias entre estructuralismo y transformacionalismo, y en algunos casos, dentro de esas mismas escuelas, termina por reducir (p. 34-35) diferencias bajo el rótulo de *paradigma estático* (*static paradigm*). Atribuye a ambas teorías las limitaciones del análisis idiolectal y la paradoja individual/social. Por sí esto fuera poco llega a fundir ambas perspectivas:

"The Saussurian paradox: competence is looked for exclusively in the individual, but variety is sought in society" (p. 35). A partir de los postulados de Saussure, esgrime una crítica al concepto de idiolecto acuñado por Bloch y principalmente utilizado entre los seguidores de Bloomfield. Ahora bien, no debe achacarse esta paradoja directamente a Saussure sino al través de una tradición posterior que reinterpreta la oposición *social/individual* que Saussure asignó a la dicotomía *langue/parole* y le termina por adjudicar las cualidades de homogeneidad y heterogeneidad respectivamente, llegándose a la falsa necesidad de un concepto absolutamente 'homogéneo' y 'abstracto' como quiere serlo el idiolecto. Labov contradice la pretendida homogeneidad idiolectal y afirma que las diferencias individuales y aisladas sólo pueden explicarse en un marco más amplio: el social (*apud* Bailey, p. 13). Pero enfoca estos conceptos con criterios empiristas asignándoles valores concretos; B. cae en este mismo error interpretativo (p. 3) al criticar la oposición individual/social en relación con la de *langue/parole*. Sin embargo, el hecho de que Saussure nos presente una *langue* fundamentalmente social no se contradice a nuestro entender con su decisión de descartar la manifestación concreta y particular de lo social; cabe decir, la variación. Por el contrario, ese mismo hecho parece consecuente con su exclusión de lo individual en tanto fenómeno no sistematizado y variable a la luz de su concepto abstracto y 'homogéneo' de *langue*. La dicotomía de Saussure mal entendida ha dado pie a falsas correspondencias y -peor aún- a falsas paradojas.

Esta misma paradoja la encuentra B. en el modelo chomskiano de *competence /performance* sin explorar más sobre el sentido de lo social/individual y de lo homogéneo en este modelo. Nos parece obvio que, al idealizar sus conceptos, Chomsky tenga también que prescindir de los rasgos concretos o particulares (llámense individuales o sociales) de una competencia específica o real.

Cierto que para criticar estos postulados hay que situarse como lo hace B. en el concepto de *homogeneidad*. Pero se impone preguntar -como no lo hace B.- qué se entiende por sistema homogéneo ajeno a la variación. Y en segundo lugar, qué interpretación específica le asigna implícita o explícitamente cada modelo. En cualquier caso se trata de un concepto instrumental y provisorio. El error ha sido concederle carácter absoluto o natural. Esto mismo rige para la variación. Al esgrimir las críticas a los modelos que funcionan en un marco homogéneo no se suele

reparar en el carácter formal de estos términos, que operan en razón directa con la capacidad explicativa de cada teoría. En tal virtud, no resulta extraño que lo que quedaba al margen de un esquema teórico se interpretara como heterogeneidad o variación. Generalmente han merecido este tratamiento lo mismo fenómenos de tipo social que fenómenos de naturaleza 'individual' (estilística).

De este modo, resultaría muy aventurado suponer una coincidencia absoluta de los alcances de la homogeneidad y la variación entre modelo saussureano y modelo estándar de Chomsky. O peor aún igualar los diferentes enfoques derivados de las escuelas matrices.

La variación, como sabemos, ha subsistido para designar de modo indiferenciado lo no pertinente. Desde que se reformularon modelos para abarcar los fenómenos disgregados, la tradicional variación pura e indiferenciada cobra una significación formal. Como en el caso de la homogeneidad, no se le interpretará de modo absoluto y natural. Adquiere valores y límites formales según las exigencias de los modelos. Se entiende así que B. acuñe nuevos términos como *isolecto* y *lecto* para tratar de explicar la variación lingüísticamente mediante categorías formales.

B. hermana estructuralismo y transformacionalismo en lo que respecta al tratamiento de la dimensión temporal del objeto (p. 35). Aquí incurre también en una apresurada generalización. El enfoque estructuralista parte de la consideración de una lengua temporal, y así lo revela la distinción de métodos *sincrónico/diacrónico* para abordar el sistema, por más que la preocupación haya recaído con más fuerza sobre los estudios sincrónicos. Saussure dice bien claro que también el método diacrónico atañe directamente a la lengua. De aquí nacen algunos esfuerzos por construir una diacronía estructural. Posteriores aclaraciones de Coseriu en el mismo marco estructuralista arrojan luz sobre el carácter esencialmente histórico de la lengua y el carácter metodológico de la oposición de perspectivas para abordar dicho objeto histórico (la más reciente en: Coseriu 1968). No toma Chomsky esta misma dirección ni adopta estos criterios metodológicos. La máxima idealización del objeto no ofrece cabida al factor temporal como ocurrencia. Por cierto que esto no significa que lo niegue. Hay que entender que Chomsky adopta una perspectiva universalista (como B. mismo lo reconoce) que rebasa los límites particulares de tiempo y espacio, para describir un objeto ideal. Y esta perspectiva lo aleja cualitativamente de la línea estructuralista.

Nos sorprende que B. no logre escapar de la distinción, a todas

luzes errónea, entre lo histórico y lo descriptivo (p. 20 y 31). Que además considere *sincronía* y *diacronía* como métodos semejantes que llegan a confundirse. A este respecto mantenemos que la diferencia entre ambos métodos sólo puede existir en un plano metodológico. Admitir semejanza entre ellos significaría asignarles un carácter real. Cuando B. propone la inclusión de la dimensión temporal dentro de análisis puramente sincrónicos para estudiar la variación (p. 2), vuelve a descuidar el carácter metodológico del concepto saussureano de *sincronía* y trata de enmendar defectos en un orden distinto al que le corresponde. Olvida que Saussure, al proponer la *sincronía*, no pretende negar la naturaleza histórica del objeto sino abstraerlo transitoriamente, por exigencias metodológicas, de lo histórico como variación. El verdadero objetivo de B. no es -como él mismo aclara (p. 2)- introducir la dimensión temporal en la sincronía, sino introducir de modo formal lo tradicionalmente conocido como variación. Pero aun concediendo esto, resulta contraproducente tratar de incluir la variación histórica en la sincronía: o bien significa la negación del propio método sincrónico -tal como convencionalmente se le conoce- o la implementación de un nuevo método que ya no es en modo alguno el método *sincrónico*. De acuerdo con esta perspectiva, él llega a afirmar que un solo estado de lengua supone fenómenos variables coexistentes y un proceso de cambio, tratando de contradecir también la correspondencia *sincronía-homogeneidad*, *diacronía-heterogeneidad* equivocadamente deducida de algunos postulados saussureanos. Esta misma preocupación la comparte Labov desde otro ángulo al estudiar el cambio en gestación dentro de un mismo estadio temporal, lo que para los estructuralistas no habría pasado de un enfoque sincrónico (Labov 1965). Pero ¿cuáles son las fronteras metodológicas entre fijación sincrónica y movimiento diacrónico? ¿cómo se define un estadio temporal? El método de B. se sitúa ante esta encrucijada (p. 65) y trata de enfrentar el problema teóricamente. El cambio lingüístico aparece como unidad de medida para reflejar la transición de un estadio temporal a otro, definiendo en este sentido los límites empíricos de un estadio.

Visto así, lo propuesto por el autor se presenta como un modelo fundamentalmente *crónico*, por cuanto la competencia se define 'temporalmente' y tiene que incluir el conocimiento de la lengua por un hablante y las incidencias de este conocimiento a lo largo de las diferentes etapas del aprendizaje lingüístico. Por esta razón llega B. a

homologar el proceso del hablante en la configuración de su competencia con los métodos históricos del lingüista. Pero creemos que identificar sin reticencias el proceso histórico del *cambio lingüístico* con la progresión genética entre formas fluctuantes en la competencia de un individuo supondría un delicado problema de igualación de objetos y técnicas descriptivas. Si el cambio aparece ciertamente vinculado a la variación, lo inverso no ocurre, observa el autor. Ya Weinreich, Labov y Herzog hicieron notar que no toda variación se presenta como síntoma de cambio, por más que todo cambio constituya de hecho una variación (Weinreich et. al. 1968, p. 8).

En suma, para B. el proceso histórico registrado en las lenguas a lo largo de varias coordenadas temporales metodológicamente determinadas se reduciría a la *variación* presente en una competencia *ideal* cuyo decurso temporal quedaría representado por las diferentes etapas de adquisición lingüística en el individuo. Peligrosa intersección la que se deriva de no hacer distingos entre competencia real psicológica y descripción formal de la competencia, ni mucho menos entre lo temporal ocurrente (lo histórico) y las modalidades de descripción de lo histórico a través de sus efectos sobre el objeto, a saber, el cambio lingüístico.

Todo esto nos lleva a considerar que la competencia *polilectal* de B. entraña un proceso idealizador. Imaginar una competencia *óptima* donde los métodos comparativos y reconstructivos funcionen a cabalidad ya supone reducir aspectos no pertinentes. Hasta la relación asimétrica propuesta permite un máximo grado de eficacia en la *producción*. Hay que imaginar un individuo *ideal* expuesto a toda la diversidad 'lectológica' posible para poder inferir una producción 'poliestilística' adecuada a los diversos hablantes y a la gama de situaciones que se le presentan. Por este camino se corre el peligro que asechaba a la investigación idiolectal, si bien por el camino inverso de buscar una unidad mínima de diferenciación más que de uniformidad.

Con este trabajo el autor busca contradecir la actitud empirista (representada por Labov) que valora la metodología por sobre la teoría (p. 21-22). Pero a la vez pretende superar la actitud idealizante. Ponemos en duda la satisfacción de este objetivo sin que se renuncie al modelo transformacionalista. Afirma buscar un equilibrio entre lo constante y lo variable, lo empírico y lo abstracto, el positivismo y el racionalismo mediante una posición *conceptualista* cuyas fuentes históricas encuentra en el escolasticismo de tipo vitalista (p. 21). Sin ahondar en estas deudas

con la tradición filosófica, la aportación más inmediata del trabajo de B. para la lingüística está en la búsqueda de una disciplina integral, más que de una integración interdisciplinaria entre sociología y lingüística. Aspira a utilizar los aportes de otras tradiciones lingüísticas y superar las deficiencias de otros modelos. Merece destacarse el rescate del método comparativo de la gramática histórica, bien que totalmente reformulado, como valioso medio para abordar la *variación*. En esta medida, B. actualiza los consabidos problemas dialectológicos e históricos y trata de construir modelos que los integren.

No nos parece atinado igualar apresuradamente posiciones disímiles ni juzgar la teoría transformacionalista bajo el lente de los postulados saussureanos, algunos muy mal entendidos. Mucho menos construir una teoría de la *variación* sobre el mismo modelo de Chomsky como lo trata de hacer el autor. A este respecto, recordamos lo que para fines análogos intentó Weinreich con no mayor éxito creyendo estructurar la variación dialectal mediante la creación del concepto de *diasistema*.

De cualquier modo, ya no puede ser ajeno el tratamiento de la llamada *variación*, formalmente entendida, ni la necesidad de una integración en la lingüística. Desde esta perspectiva, vale la pena tener en cuenta las propuestas de B. y someterlas a una revisión más detallada y rigurosa.

Rocío Caravedo de Carrión
Universidad Católica del Perú

REFERENCIAS

- E. Coseriu, "Sincronía, diacronía y tipología", en *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, T. I, Madrid, 1968, pp. 269-281.
- N. Chomsky, *Aspects of the theory of syntax*, Cambridge - Massachusetts (The M.I.T Press) 1965.
- W. Labov, "On the mechanism of linguistic change", en *Monograph Series on Languages and Linguistics* (Georgetown University) 18, 1965 pp. 91-114.
- W. P. Lehmann y Y. Malkiel (eds.), *Directions for historical linguistics*, Austin (University of Texas Press) 1968.